

JUVENTUD



FEDERACION DE ESTUDIANTES DE CHILE

El Poeta en la Cárcel

La prisión injusta exacerbó en Gómez Rojas esa obsesión de la locura y de la muerte que constituye el leit motiv de su arte. Ya en 1914 escribía en un poema a la locura: “Exprime locura divina el cerebro—pon tus dedos largos en mi frente pálida—y haz que pueda olvidar un instante: la Vida, la Muerte, la Carne y el Alma.—Tu vesanía vierte en mi médula enferma,—pon tu beso de fiebre en mí, para—que en videncia uni múltiple pueda—colgar al Dios Mito en la estrella más alta”.

Y, posteriormente, cuando era su voz más depurada ya y más serena, decía con versos de una grave majestad bíblica:

“Nos habemos de morir: ¡moriremos!

Después: nos pudriremos.

Ante la eternidad: polvo seremos.

Quizá Dios mismo nos dirá: “¡Blasfemos!”

Talvez todos, por El, nos condenemos.

¡Moriremos! ¡Moriremos! ¡Moriremos!”

En la Cárcel soporta resignadamente los sufrimientos: sueña confiadamente en “el cercano día de la gran libertad sobre la tierra grande”. Ve a la muerte a su lado, como una buena amiga, rejuveneciéndole el corazón. Se presentará ante ella puro y desnudo como un niño, hablará a su madre en palabras inefables de perdón y de olvido: su voz entonces llega a ser sublime y se disuelve como una fuente en el silencio. Pero a veces más que la bondad que fluye cristalina de su corazón puede el pensamiento en la injusticia que lo encierra, que amarre sus talas libres, que ata sus manos que son la única ayuda de la madre que ya va a dejar el mundo y del hermano que apenas empieza a conocerlo. Entonces Gómez Rojas ve en su muerte un medio para una alta finalidad. “¡No

he de morir en vano!" grita. Después maldice, impreca, protesta. ¡Cuánto sufriría su fina sensibilidad al verse tratado en forma humillante por gente inferior que no lo comprendía ni lo comprenderá! Entonces brotan sus trenos tan distintos a sus elegías piadosas y armoniosas.

Poeta grande en el amor y en el odio, no hay página suya de la cárcel que no deje en quien sepa leerla un fuerte y sombrío estremecimiento: pide a la madre perdón para los jueces o bien pensando en los sufrimientos de ese pobre ser abandonado maldice a sus verdugos y sus generaciones, pero siempre es el poeta maravilloso que en cualquier tiempo y en cualquier país dejará una huella áspera de pasión y de vida.

Gómez Rojas, que además de enorme lírico fué un hombre preocupado y consciente de la vida de su tiempo, tomó parte activa en la discusión de los acuerdos de la Convención Estudiantil, y más de una vez la aprobación de un voto avanzado se debió a la claridad con que supo defenderlo. En la Cárcel seguía, atento y estudioso, el movimiento del mundo. En una pequeña libreta llevaba anotaciones de lo que él sabía por los diarios y las visitas de sus amigos. Hizo también algunos estudios de métrica y de latín. Trazó el plan de tres futuros trípticos dramáticos. Se fijó la obligación de iniciar una campaña depuradora en la asamblea política a que pertenecía una vez salido de la Cárcel. Empero ya en estas anotaciones de sus **normas de acción**, como él les llamaba, se nota cierta incoherencia, precursora de la enfermedad que el pésimo régimen carcelario, unido a la severidad del señor Astorquiza, fué agravando día a día. Habla en sus apuntes con cariño de su madre, de su hermano, de sus amigos. Hay líneas tiernas hasta las lágrimas. En una parte se lee: "Mi madre me cuenta que Antuco dice: "¡Si yo fuera grande!" Es toda su protesta viril ante la

vida. Esa es toda la pequeña filosofía de mi buen hermanito". Y más abajo: "Esta noche leí "Pan" de Kunt Hamsun". Domingo Gómez Rojas seguía con interés el movimiento intelectual. Tiene por ahí, anotado: "Mañana Wallace Humprey hablará sobre Walt Whitman". Recuerda a los amigos que lo han ido a ver en el día, lo que le han dicho, lo que le han llevado. Traza para su vida de poeta un plan que, desgraciadamente no podrá cumplir: "Yo debo ser el cantor de la Raza Greco-Latina: en mi libro "Las Llanuras" debo cantar "Las llanuras del Lacio" y "Agro Romano".

Debo ser el cantor de Hispania: en "ibidem" debo cantar "La llanura castellana", "La llanura manchega"; Don Quijote, Rui Díaz, Santa Terresa.

Debo ser el cantor de Gallia: en "ibidem" Lutecia divina, Roma, Italia deben ser cantadas por mí. "Trans Tiber", "Post Tiber".

Debo cantar, ¡oh gloria! el pasado legendario, el presente de inquietud, zozobra, vagos anhelos, presentires, esfuerzos, luchas y el futuro, ¡oh inmortal gloria!, ¡glorioso destino! "Ruta de astros, mares, montañas, llanos de la América Latina".

Debo, pues, ir a España, Italia, Portugal, Francia. Debo recorrer toda Sud América y sobretodo, ¡Chile!"

Así escribía el 27 de Agosto en la Penitenciaría. Parece que en ese establecimiento, purificada su alma por el dolor que él aceptaba gustoso si servía para redimir a sus hermanos, su producción era clara, serena, amable. Una sola vez impreca: es en esa su fuerte "Protesta de Piedad", en que habla "de magistrados y jueces y verdugos serviles". Después sueña en los hombres futuros que llenarán la tierra de bondad, en las madres que darán al mundo hijos bellos y puros. En la Cárcel blasfemaba. Y se comprende: los malos tratamientos de la Cárcel herían su dignidad y la impoten-

cia para defenderse lo hacía estallar en blasfemias y maldiciones. ¡Bien merecidas las tienen quienes apresuraron el final de una vida que pudo ser mucho más fecunda de lo que fué en su gloriosa brevedad!

Cuando el Ministro señor Astorquiza ordenó ponerle esposas, grabó una inscripción en la pared de su celda. Después volvió nuevamente a la Cárcel.

Cuando por primera vez estuvo allí, anotó en su libreta: "Cárcel Pública, a las 10.20 A. M. Incomunicado. Aquí muere la libertad de los hombres, pero nace la libertad del pueblo. Me tocó la celda donde había permanecido Julio Valiente, que dejó esta inscripción: "Estar preso por la libertad del pueblo no es un delito; es una satisfacción."

El 31 de Agosto anota: "Hoy dejé la Penitenciaría: me trajo el agente Agustin Muñoz por orden del señor S. M. en V. y de su secretario. A las 10 A. M. estoy Hotel Ascuí. Veo mi ex-celda, la 462. Estoy detenido hace 37 días. Son las 10.10 A. M."

Aquí fué donde comenzó el martirio: varios días sin comer, o comiendo mal, ocultándosele la lectura que pudo hacerle olvidar; amordazándolo cuando gritaba en los comienzos de su enfermedad; amarrándolo y tirándole baldes de agua, negándole las visitas hasta a su apoderado; la Cárcel no hizo sino precipitar el trágico fin.

Las noches eran para él terribles. Sin poder dormir, tenía en la celda vecina a la suya un hombre que talvez se había adelantado en su locura y que tenía la manía de golpear monotonamente y secamente, como un péndulo. En su poema "Los muertos de la Cárcel", escrito la noche del 30 de Agosto de 1920, tiene una anotación: "El loco golpeó 64 horas, a razón de 200 golpes por hora: 10,000 catrazos". Esa página es un do-

cumento desgarrante: con rayitas estendidas en todas direcciones formando figuras inverosímiles, Gómez Rojas fué indicando los golpes, equivaliendo cada una a un golpe. Desesperado, Gómez fué después poniendo números en las rayitas y sumando hasta obtener los cálculos que anotaba. Era la anticipación de su locura que le iba horadando lentamente el cerebro en las noches de insomnio a través de las murallas de la celda del lado.

El día 14 de Setiembre hizo su última acotación. Dice: "2.º Día Losh Kaschuno, año nuevo, según Calendario Hebreo 5681, ¿a contar de la creación del mundo? ¿o de la salida de Egipto? ¿o las tablas de Moisés?"

Deja Gómez Rojas, además de sus versos de la Cárcel, que constituyen de por sí un bello y sentido volúmen, un libro de crítica literaria y pictórica, una novela, dos o tres libros de poesías, un poema dramático y otras obras inconclusas en prosa y verso.

Además de su poderosa inteligencia original, Gómez Rojas era un estudioso incansable y universal: quiso cultivarse en todo sentido y puede decirse que de los de su edad, y de los de más de su edad, nadie lo aventajó en conocimientos generales.

Por haber caído en manos, además de arbitrarias, incapaces de apreciarlo, se malogró para el país y el continente este hombre que pudo ser su más alto prestigio.